



Taxco (de la obra "Ciudades Coloniales," de Peñafiel).

XI.

GENERAL DE DIVISIÓN.

ASALTO Y TOMA DE LA PLAZA DE TAXCO.

LOS Generales mexicanos, prisioneros en Puebla, fueron á poco tiempo deportados á Francia; Porfirio Díaz debía marchar entre ellos.

«Al rehusarme á firmar el acta, me consideré con el derecho de evadirme, si podía hacerlo, puesto que el enemigo había tomado todas sus precauciones, al grado de tener apostado un centinela en la puerta de los cuartos donde dormíamos. Así, pues, el 21 de Mayo, víspera de nuestra marcha para Veracruz, estando en la prisión, me quité mi uniforme, á todo riesgo, en los momentos en que entraban y salían los deudos y amigos de los prisioneros, para despedirse de ellos.

«Comprendí que era fácil que no me distinguieran entre los entrantes y salientes; bajé resueltamente la escalera, embozado en un *plaid*, cosa que no era notable, porque hacía mucho frío; y para que el centinela no me marcara el alto, y me hiciera pasar por un reconocimiento, como lo hacían con todos los que salían, aunque fuesen paisanos, pensé que sería bueno dirigir algunas palabras al oficial de guardia, para que el centinela, al verme salir, después de haber hablado con el oficial, tuviera menos sospecha. Con esta intención llegué al zaguán; pero me encontré con que el Comandante de la guardia, que estaba allí de pie, era el Capitán Galland, del 3º de zuavos, que habiendo sido prisionero nuestro, había hecho conmigo alguna amistad. En consecuencia, ya no le dirigí la palabra, sino que



simplemente le saludé y salí á la calle, sin que me conociera, aunque probablemente sospeché algo, porque en seguida subió á ver si estaba yo al lado de mis compañeros. Varios de éstos lograron también evadirse de la prisión, ya en Puebla, ya en el camino, y al fin pocos salieron para Europa.

«Tuve muchas dificultades en mi tránsito, porque las calles de Puebla estaban vigiladas por fuerzas de traidores; pero afortunadamente encontré á un amigo que me llevó á su casa, donde se había refugiado también el Gral. Berriozábal, que, como yo, se escapó de la prisión, y que contaba con el apoyo de uno de los oficiales traidores, quien nos facilitó la salida de la ciudad, obteniendo el santo y seña de la plaza, y pasándonos con los suyos, como si perteneciéramos á su patrulla, todo á cambio de una remuneración pecuniaria que Berriozábal le pagó. El Dr. Cacho, que era de los que acompañaban al Gral. Berriozábal, se quedó en Puebla, para que yo pudiera salir en su lugar y hacer uso de su caballo.

«Caminamos toda la noche por los montes, á fin de evitar el camino real, y nos perdimos de tal modo, que al amanecer del día siguiente nos encontramos otra vez frente á Puebla, oyendo los alertas de los centinelas que estaban á las orillas de la ciudad. Nos dirigimos entonces al pueblo de San Miguel Canoa, y presentándonos como oficiales de los traidores, porque sabíamos que el cura era amigo de Almonte, le suplicamos que nos diera un guía que nos llevara á Tlaxcala. De allí nos dirigimos á la hacienda de Techalote, y después á Apam, en donde encontramos una pequeña fuerza de caballería, que protegió nuestro arribo á la capital, cuando ya se nos perseguía de cerca, pues el cura aludido, sospechando de nosotros, dió aviso de nuestro paso por San Miguel, y á virtud de ello fuimos seguidos con empeño, pues se juzgó, por las noticias que transmitieron, quiénes podíamos ser.» (Memorias).

Tres días después de su fuga de Puebla, el Gral. Díaz se presentaba en el Palacio Nacional á D. Benito Juárez, quien le indicó que deseaba nombrarle Secretario de Guerra.

«Manifesté al Presidente que causaría mal efecto mi nombramiento; que había en el ejército muchos jefes viejos, como Echegaray, Parrodi y otros; que yo era demasiado joven para tan altos puestos, y no era conveniente darles un pretexto plausible para abandonar nuestras filas.

«En esos momentos entraban el Ministro Terán y D. José María Iglesias, con algunas otras personas, y suspendimos la conversación,

diciéndome el Sr. Juárez que al día siguiente, temprano, volveríamos á hablar. . . . Le vi al día siguiente, y al contestarme el saludo, me dijo que había pensado bien lo que yo había dicho, y que era muy posible que yo tuviera razón, y me ofreció el mando de una División. Formé á mi gusto la División que debía mandar, y con ella emprendí la marcha para Ayotla, con objeto de cubrir la carretera abierta al enemigo.» (Memorias).

El 29 de Mayo fué decretada la traslación de los Poderes de la Federación á la Ciudad de San Luis Potosí; el 31 del mismo mes clausuraba el Congreso su período de sesiones, y algunos días después, el Presidente Juárez, acompañado por el personal de su Gobierno, abandonó la Capital, habiendo antes ordenado al Sr. Gral. Díaz, que con su División viniese á incorporarse con el Cuerpo de ejército que mandaba el Gral. D. Juan José de la Garza.

El Gral. Díaz se incorporó á dicho ejército en el «Contadero,» sobre el camino de Toluca, y por haberse adelantado el Sr. de la Garza, quedó al mando de todas las tropas, y prosiguió su marcha en pos del Sr. Juárez.

No bien se había hecho cargo del mando de las fuerzas, cuando se sublevó uno de los batallones de la Guardia Nacional de México, el que marchaba á retaguardia de la Columna, y cuyos jefes, el Coronel Rangel y el Teniente Coronel D. Pedro de Garay, se habían ocultado en la capital, para no salir al frente del referido batallón.

Una sublevación en marcha, constituía tan grave falta, que mereció ser castigada con ejemplar severidad.

«Perseguí á los sublevados, matando algunos; aprehendí á casi todos los demás, y los diezme después en el llano de Salazar, en presencia de las tropas formadas.» (Memorias).

Al llegar á Querétaro, el Gral. Díaz se ocupó en mejorar las condiciones de las tropas, reducidas á un gran extremo de desorganización y de miseria.

«A pocos días llegó el Gral. Garza con las otras dos Divisiones de su Cuerpo de ejército, enteramente destrozadas; pues además de que las mulas eran insuficientes para conducir su artillería y bagajes, algunos jefes habían dispuesto de parte de ellas para usos propios, y el camino estaba regado con piezas de artillería y material de guerra, siendo también de consideración las deserciones que habían sufrido muchos Cuerpos. El Gral. Garza salió para San Luis y entregó el mando del Cuerpo de ejército al Gral. Echegaray, con cuyo jefe las cosas marcharon mejor.» (Memorias).



A Querétaro llegó, procedente de San Luis Potosí, el Gral. Berriozábal, que se había encargado de la Secretaría de Guerra, y en la orden general, dió á reconocer al Sr. Gral. Díaz como jefe del Cuerpo de Ejército del Centro, sirviéndole el Gral. Echegaray de Cuartel-Maestre.

«Comenzamos entonces una seria organización, refundiendo en un solo batallón cada dos ó tres batallones diminutos, y empleando la mayor parte de los días en recomposición de armamento, de material de artillería y trenes, adquisición de mulas, establecimiento de academias de oficiales, ejercicios de tropa, y todo lo que era indispensable para dar á la fuerza la verdadera forma militar que iba perdiendo. Situé una División en Celaya, otra en Salvatierra, una Brigada de observación en Arroyo Zarco, y dejé el núcleo principal en Querétaro.

«En seguida, y por orden del Ministerio de la Guerra, cambiamos el Cuartel general á Acámbaro, donde permanecemos muy poco tiempo, porque los movimientos del enemigo nos hicieron comprender que su punto objetivo era Querétaro.» (Memorias).

En Acámbaro se incorporó al Estado Mayor del Gral. Díaz, un antiguo condiscípulo, un estimado y leal amigo suyo, el Sr. Matías Romero, que más tarde fué muy notable como Ministro de Hacienda.

«Romero había acompañado al Sr. Juárez, en el año de 1858, en su marcha de Guanajuato á Guadalajara, Manzanillo, Panamá y Veracruz, en donde permaneció, hasta que en Diciembre de 1859, fué enviado como Secretario de nuestra Legación en Washington; á poco volvió á México D. José M. Mata, que era el Ministro; quedó Romero como Encargado de Negocios, con cuyo carácter permaneció hasta fines de Abril de 1863, en que desanimado, porque no creyó prestar servicios eficaces al país, en vista de la crítica situación que guardaban los Estados Unidos, que á la sazón se hallaban en lo más serio de la guerra civil, lo cual les hacía tener algunas condescendencias con los franceses, y deseando tomar las armas en defensa de la independencia, se vino con licencia á San Luis Potosí; renunció allí su empleo el 16 de Julio siguiente, y solicitó servir á mis órdenes. El Sr. Juárez le dió el despacho de Coronel efectivo del Ejército Permanente, y orden de que se me incorporara en Acámbaro, lo cual hizo poco después. Yo le coloqué como jefe de mi Estado Mayor y Secretario.» (Memorias).

Durante los días en que el Sr. Comonfort se había interinamente encargado del Ministerio de la Guerra, y en vista de la difícil

situación del Gobierno, que se sentía muy débil para oponerse á los avances del invasor en los Estados del Centro, el Gral. Díaz fué llamado á San Luis Potosí.

«El Gral. D. Ignacio Comonfort fué nombrado Ministro de la Guerra, y el Gobierno me llamó á San Luis Potosí, para discutir un plan de campaña con los Generales Comonfort y Berriozábal; y como resultado de esa conferencia, dispuso el Gobierno que, con la primera División, marchara yo á Oaxaca, por los Estados de Querétaro, México y Guerrero, estableciendo en Oaxaca mi Cuartel general, con objeto de que sirviera de base para la formación de un nuevo Cuerpo de Ejército de Oriente. Al efecto, se me daba mando sobre los Estados de Oaxaca, Veracruz, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche, el cual se debía extender más tarde, y en virtud de nuevas órdenes, á los de Puebla y Tlaxcala.» (Memorias).

El Gobierno dispuso que el mismo Gral. Comonfort viniese á relevar en el mando del Ejército del Centro al Gral. Porfirio Díaz, quien recomendó al infortunado jefe, no se aventurara en los caminos infestados por terribles gavillas de bandoleros y traidores, sin una fuerte escolta, cuando tuviese que inspeccionar los distintos destacamentos de su nuevo mando.

«Más tarde, durante la permanencia del ejército en las plazas de Celaya, Salvatierra, Querétaro y San Juan del Río, las expediciones del Cuartel general no podían hacerse de un momento á otro, sino con una gruesa escolta, porque el camino estaba interceptado por unos bandidos, los hermanos Troncoso, que algunas veces reunían hasta 400 caballos. Así lo expliqué al Gral. Comonfort, al relevarme en el mando del Cuerpo de Ejército que había estado á mis órdenes, pero no dió importancia á mis informes, y á los pocos días de mi separación, intentó hacer una travesía en coche con cincuenta caballos de escolta, de San Miguel Allende para Celaya, en cuya ocasión fué asesinado por los Troncoso, cerca de Chamacuero.» (Memorias).

Mientras tanto, importantes sucesos se habían verificado en la capital de la República.

El día 9 de Junio había Forey entrado á la Ciudad de México y expedido su famosa proclama, obra de Napoleón III, en la que declaraba que los bienes nacionalizados por Juárez, quedarían en poder de los nuevos poseedores, y establecía la libertad de cultos, es decir, lo esencial de las leyes de Reforma.

Instituyó en seguida el memorable y funesto triunvirato, formado por D. Juan Almonte, D. Mariano Salas y el Arzobispo Labastida.



El día 7 de Julio, quedó integrada la Junta de Notables, y tres días después fué conocido su servil programa, modelo de traición y de ignominia:

«I. La Nación mexicana adopta por forma de Gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.

«II. El Soberano tomará el título de Emperador de México.

«III. La corona imperial de México, se ofrece á S. S. I. y R., el príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes.

«IV. En caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el Arquiduque Fernando Maximiliano, no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, LA NACIÓN MEXICANA SE REMITE Á LA BENEVOLENCIA DE S. M. NAPOLEÓN III, EMPERADOR DE LOS FRANCESES, PARA QUE LE INDIQUE OTRO PRÍNCIPE CATÓLICO.»

El día 11 de Julio, aquel abyecto triunvirato se llamaba REGENCIA . . . .

Los verdaderos mexicanos tendrían que combatir en lo futuro contra la monarquía de los traidores.

El día 1º de Julio de 1863, pasada la primera revista de comisario, la División mandada por el Gral. Porfirio Díaz, y destinada á ser el núcleo del nuevo Ejército de Oriente, salió de Querétaro por el rumbo de Santa María Amealco, siguiendo por los molinos de Caballero, rancho de Dolores, Tepetongo, Venta Omoca y hacienda de Trojes, hasta llegar á Citácuaro, donde descansó tres días.

Se trataba de hacer, con una División de 2,800 soldados, una gran marcha estratégica, en dirección elíptica, desde Querétaro hasta Oaxaca, pasando por Guerrero y evitando hábilmente el peligro de que dicha División fuese destrozada por los 30,000 hombres, franceses y traidores, que había diseminados entre las bien guarnecidas plazas de Toluca, Puebla y México.

El peligroso movimiento de flanco envolvente, debería dar por resultado que la División del Gral. Díaz fuese al fin á quedar á retaguardia de los más importantes centros de acción del enemigo.

«En la travesía de este ejército, dice el Gral. Santibáñez, hasta llegar á Taxco, mineral ocupado por fuerzas enemigas, hubo muchos sinsabores y muchos sufrimientos que lamentar, pues caminando siempre á rumbo, en terreno desconocido y por montañas casi inaccesibles, había que subir la artillería á mano, haciendo uso de las tropas, que facilitaban para ello las correas de las fornituras y hasta sus fajas de uso personal, mōvidos, impulsados por ese ardiente pa-

triotismo, que no llegó á agotarse un solo día en nuestros valientes camaradas.

«Aquella era una peregrinación, llevando el tesoro riquísimo de la honra nacional, y pernoctando á campo raso, dondequiera que la noche cubría con su extenso manto á los creyentes de la religión del deber. Aquel puñado de valientes llegó á las inmediaciones de Taxco el 23 de Octubre de 1863, estableciendo desde luego un pequeño sitio al punto defendido por fuerzas franco-mexicanas, que hicieron una resistencia tenaz, alentadas por el padre Alatraste, de fatal memoria para aquel mineral; después de cuatro días de rudos ataques y de desesperadas defensas, en cuyas acciones se estaban perdiendo los escasos elementos y sacrificando el reducido ejército, el General Díaz, decidido y resuelto á jugar el todo por el todo, lleno de esa fe que siempre lo ha animado á la hora del combate, y al frente de sus valerosos subordinados, se arrojó sobre la plaza de Taxco, cuyos defensores fueron replegándose hasta el convento, punto fuerte de aquella población; el fuego nutridísimo, de uno y otro lado, produjo un efecto de terribles consecuencias para los habitantes pacíficos del mineral, cuyas casas, la mayor parte de zacate, se incendiaron en todo el perímetro exterior.

«El fuego continuó hasta consumir aquellas débiles casucas, y su luz siniestra alumbraba el primer combate sangriento, que, como General en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, dió en esta segunda época de mi reseña-el denodado Gral. Porfirio Díaz.

«Los defensores de aquella formidable fortaleza (el convento), no quisieron rendirse, y el asalto tuvo que ser, por lo mismo, incesante y terrible; sobre una alfombra de cadáveres entraron los asaltantes hasta muy cerca del último atrincheramiento de los defensores del punto, que se rindieron entonces ante la evidencia de los hechos; la gloria colocó la primera corona sobre la sien del nuevo General en jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, que tanto valor y tanta disciplina inspiró á sus soldados en el inolvidable asalto.

«En la carrera militar del Gral. Díaz, hay fechas inmortales, y ésta es una de ellas; sus biógrafos han hecho justas estaciones en el relato de las memorables jornadas de Miahuatlán, La Carbonera y el 2 de Abril, limitándose á referir ligeramente el asalto de la plaza de Taxco, seguramente porque han ignorado los siguientes detalles que pueden justificar muchos testigos que viven aún.

«El Ejército de Oriente no estaba armado: en una parte, por lo menos la tercera, se carecía de los elementos indispensables para en-